

LATINOAMERICA

Fernando Fantova

Cuento presentado al Concurso de "Cuento corto latinoamericano" (Biblioteca de la Casa de las Américas/Agenda Latinoamericana)

1.

Elena no consigue dormirse. Bueno, a decir verdad tampoco lo intenta. Su mente está sumergida en el vino y el champán de la cena y, sobre todo, en el torrente de sentimientos que la han ido invadiendo durante la misma. No, no se equivoca, esas miradas tenían que querer decir algo. ¿O serán imaginaciones suyas? No, él nunca antes la había mirado así. Pero no puede estar segura. Ha sido un año y medio sin verse. Alguna postal, alguna carta para todo el grupo de amigos. Pero esta noche, esas miradas...

Todo ha sido muy vertiginoso. Ayer por la mañana los amigos y la familia inquietos en el aeropuerto. Ella casi no sabía si ir. Tampoco es para tanto. Pero Juan la animó. Venga, que no todos los días viene un amigo desde tan lejos. Se habían abrazado, como todos, y habían cruzado unas cuantas frases. Pedro estaba muy guapo, con esa barba y ese jersey grueso lleno de colores, algo más delgado que cuando marchó. Bueno, él siempre ha sido guapo, pero ahora se le ve como más adulto, más curtido, más interesante.

Nadie pensaba que la loca idea de Alberto de hacer una cena al día siguiente fuera a cuajar, pero Pedro fue el primero en apoyarla con entusiasmo. No sin provocar un gesto de contrariedad en su madre, que él supo borrar rápidamente con un apretón cariñoso.

Y recuerda las fotos esparcidas sobre el mantel de la mesa, después de que los camareros retiraran los platos. Y las anécdotas, una detrás de otra, que Pedro ha ido contando. Sus frases rotundas. Sus ideas claras. La envidia en muchos rostros. La admiración que otros disimulan y ella reconoce.

Latinoamérica, ese nombre mágico, lleno de resonancias, ese espacio para la lucha, para la autenticidad, para la revolución. Ese espacio, que ahora para Elena, gracias a Pedro, tiene rostros y paisajes concretos. A Elena le parece haber recorrido con Pedro las calles del barrio Bolívar, le parece haber contribuido a levantar las paredes de la guardería infantil, le parece conocer a Eduardo, Milton, Augusta o Lucía.

Y piensa en las tardes de sábado aburrida con sus amigos frente a cualquier bar. O en las tediosas horas frente al profesor de turno en la universidad. O en la enésima mentira inventada para explicar a sus padres dónde pasó la noche. Y mientras tanto Pedro

viviendo una vida real, intensa, fértil. Logrando cosas concretas, ayudar a quienes lo necesitan, poner su grano de arena en procesos que merecen la pena.

Y se ilusiona pensando en esas miradas. Y en la posibilidad de compartir la vida con Pedro. Con ese Pedro enriquecido por la experiencia latinoamericana, con ese Pedro que ha sido capaz de movilizar a un barrio, de poner en marcha una guardería para los niños pobres, de ese Pedro que pasó una noche en comisaría por defender los derechos de su gente.

Y su imaginación vuela, vuela muy alto. Elena sabe que muy pronto Pedro comenzará a trabajar en la empresa de su familia. Su padre tiene puestas en él muchas esperanzas. Sabe que lo suyo no es seguir estudiando, sino la acción. Ella está a punto de terminar sus estudios y su abuela le ha prometido el piso de la calle Pérez Arribas. "Qué loca eres", se dice, "si ni siquiera sabes si le gustas".

Pero su intuición le dice que el Pedro que ha regresado de América Latina viene con cosas claras, con ganas de darse prisa, y que ha pensado en ella. Está casi segura. Y sueña despierta, un poco mareada por el vino y el champán y degustando una y otra vez sus miradas. Su última mirada de despedida con ese "nos vemos, chao"...

2.

Lucía no consigue dormirse. A decir verdad ni siquiera lo intenta. Sus ojos están fijos, como agarrados por un imán, en una grieta del techo de su cuarto. Junto a ella sus hermanas pequeñas respiran acompasadamente y Bobby, su perro, la mira con atención, como indicando que no se dormirá hasta que ella lo haga. Lucía no quiere dormirse, no quiere dejar de sentir lo que está sintiendo, no quiere que se le olvide...

Lucía tiene grabada esa última mirada. Esa última mirada que no la dejó bien, esa última mirada que no acabó de encontrarse con la suya, esa última mirada que pareció desmentir tantas miradas anteriores, esa última mirada de Pedro antes de coger el carro que le llevaría al aeropuerto, para marchar a su país.

Y se pregunta si es justa o injusta repasando todo lo ocurrido en los últimos meses a la luz de esa mirada. Pero no, se dice, no sólo ha sido esa mirada. Quizá todo empezó un mes atrás cuando, paseando de la mano en la noche, Pedro empezó a darle vueltas al asunto para acabar diciendo que iba a viajar a su país. Y ahí comenzó la inquietud de Lucía, sus preguntas insistentes, mas bien la pregunta: ¿vas a regresar?

El no le dijo que no, pero tampoco le dijo que sí. Lucía se siente ridícula, le da rabia haber estado durante todo ese último mes tolerando la ambigüedad, pensando que el viaje de Pedro no sería sino una breve visita a sus padres para regresar después, quizá definitivamente y para estar con ella. Lucía se avergüenza de los ratos mirando embobada el departamento que pensó que podrían compartir.

Y con sus ojos fijos en el techo va desgranando recuerdos, sintiéndose triste, sintiéndose vacía. Aquel primer encuentro, en el trabajo comunitario, poco después de su llegada, aquel baile, semanas después, y cómo él la acompañó hasta su casa, las

reuniones, los páseos, las largas conversaciones. Y aquellos cuatro días en la playa. Aquellos cuatro días en la playa cuyo recuerdo le humedece los ojos.

Y Manuel, que pronto le dijo que no era sino un gringo más de los que vienen por acá. Y ella que le contestaba "no es gringo". O María que se atrevió, tras mucha discreción, a criticar su afán de protagonismo en el proyecto de una guardería peleada y conseguida antes de que el llegara. O el enfado de Ernesto cuando por culpa de unas palabras de un Pedro con varias copas de más, seis compañeros, además de él, pasaron la noche en comisaría. Y tú, piensa Lucía, siempre defendiéndole, siempre justificándole, siempre..., piensa ahora, como una tonta.

Lucía se pregunta si es tonta. O se pregunta por qué esa necesidad de Pedro de prometer, de soñar y meterla en sus sueños, de hacer proyectos para barrio Bolívar. Lucía se pregunta de dónde viene esa energía contagiosa de Pedro, esa capacidad de convencer a Milton, a Augusta, a Eduardo, a ella misma. Y los cinco planeando tantas cosas, que ahora saben a nada.

Lucía se levanta y recalienta un poco de arroz que sobró de la merienda. Antes no quiso comerlo pero parece que ahora le regresó el apetito. No se imagina dónde estará Pedro ahora, qué estará haciendo, si estará pensando en ella. Y casi sabe ya que no, que para Pedro ella no será ya mucho más que un nombre más en la lista o un rostro en la esquina de alguna fotografía.

No entiende cómo puede estar tan segura, no entiende cómo puede comerse el arroz con esa furia, no entiende por qué ve con tanta claridad que el castillo de naipes se ha derrumbado, no sabe cómo es que lo sabe. Siente algo duro, algo fuerte, algo dentro, que no sabe si llamar ira, que no sabe si llamar rabia, que no sabe si llamar fuerza.

Y Lucía levanta la vista del plato, y mira por la ventana, a un cielo lleno de estrellas. y siente algo así como una decisión, que tiene que ver con su vida, que tiene que ver con su gente. No creerá más en Papá Noel, no se despreciará más, no se dejará engañar más. Lucía empieza a pensar que algo muere y algo nace dentro de ella y que ese algo tiene que ver con esa palabra que no se le caía de los labios a Pedro: Latinoamérica.

Quito, 25 de marzo de 1996